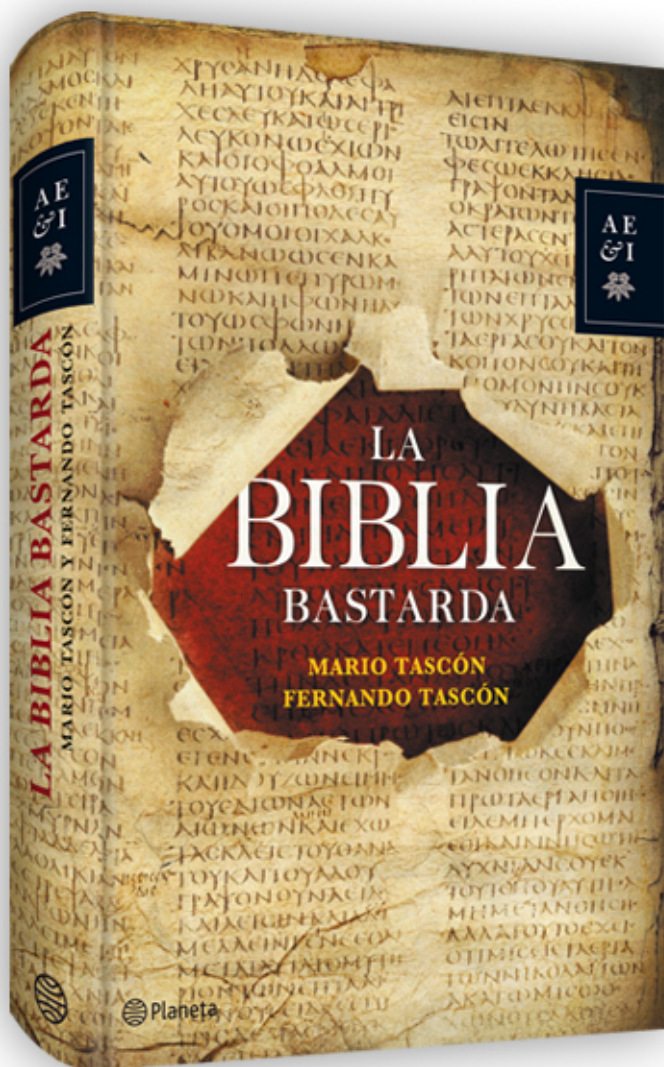


Fragmento

La Biblia bastarda

Mario Tascón - Fernando Tascón



Qué secretos oculta la Biblia más antigua conocida por la Humanidad?

Madrid, 9 de enero de 1934

Diario *La Voz*, de la portada.

INGLATERRA:

EL ÉXITO DEL CÓDEX SINAITICUS

A pesar del frío y de la niebla, todos estos días hay una cola nutrida delante del Museo Británico. A nadie llama la atención las colas londinenses. Los ocho millones de habitantes tienen que adaptarse a la capacidad de la ciudad, y como se trata de habitantes civilizados, se adaptan ordenadamente, colocándose en rigurosa fila uno detrás de otro.

La cola es una necesidad inevitable que según algunos ingleses es además muy útil, porque así como en los campos de deporte se ejercitan los músculos, en las colas se ejercita la paciencia.

Enero es precisamente el mes de las colas. Además de las que se forman habitualmente delante de teatros y cines, en este mes se puede decir que delante de cada tienda hay una cola más o menos larga, según la categoría del negocio. Enero es el mes de los saldos, y la gente ordenada se provee de gangas para todo el año, a cambio de esperar muchas horas leyendo una novela o contemplando las acrobacias de los artistas callejeros.

Sin embargo, la cola más original de todas es la del Museo Británico. No es original por las personas que la componen, ya que éstas son hombres y mujeres corrientes, sino

pertino en el que los de la fiesta nacional hablaban de fútbol y los del fútbol pontificaban sobre toros; eso sin despreciar cualquier otro comentario crítico sobre la actualidad política o, por supuesto, sobre términos tan sugerentes como «voluptuosidad».

—¡Eh, amigo! —dijo Rufino Pérez, el especialista taurino, dirigiéndose al jefe de talleres—. Ya imaginábamos que tú eras más proclive a la Mae West, sabíamos que te enloquece lo raquítica que está; pero a mí dame buenos tocinos, aunque se me indigesten como a la rotativa. Si quieres, quédate tú con la Bette Davis esa que has arrancado del almanaque para guardarla en el cajón. ¡Que te hemos visto, Leandro!

—Oye, no te equivoques —respondió el aludido—. Esa foto representa para mí algo sagrado, intocable... En realidad, la conservo porque es el vivo retrato de la Virgen de mi pueblo, esculpida en pleno éxtasis. Sólo le faltan la corona y el manto que le bordaron en oro las beatas para sacarla el día de la fiesta.

—Sí, le falta el manto, la mantilla, la blusa, la falda, el corsé... ¡Vaya con la Virgen de tu pueblo, a ver si me la presentas, que yo también quiero verla en éxtasis!

—¡Rufino, un respeto, que te vas a ganar una plaza en el infierno y un par de correazos! —terminó Leandro con una sonrisa pícara.

Los demás les rieron la gracia y siguieron con su tertulia. Transcurrida media competición balompédica y recién estrenado el año 1934, tocaba hacer sesudos análisis sobre las evoluciones del Arenas de Getxo y sus escasas opciones de permanecer en Primera División. Cuando estaban a punto de hablar del diestro mexicano Armillita y de la posibilidad de que volviese triunfal a España después de reconquistar los ruedos americanos, regresó a la redacción el fragor de la maquinaria y, con él, la rutina. El monótono runrún

CAPÍTULO 1

LA CARTA (MADRID, ENERO DE 1934)

Un insoportable chirrido procedente del sótano anunció que la rotativa estaba a punto de atascarse. El estruendo que provocó la máquina al pararse dio paso a un silencio salpicado por el siseo de los latiguillos sueltos y las gruesas maldiciones proferidas por los operarios. Como siempre sucedía cuando fallaba algo, el jefe de talleres se asomó por la escalera y, sin terminar de subir a la sala de redacción, dictaminó quién había sido el culpable mientras se limpiaba los dedos en una madeja de fibras.

—Esta vez ha sido el alcalde —comentó Leandro Sorriba, a la vez que arreciaba en su frotar de manos desde el penúltimo escalón—. Os lo tengo dicho: o el señor don Pedro Rico adelgaza unos cuantos kilos, o no pasa entre los rodillos. También os lo advertí cuando pusisteis en la portada a la Crawford con el escote abierto y la pechuga al aire: los cilindros no son capaces de aplanar tanta voluptuosidad. Fijaos: con el monstruo del lago Ness sí que pueden; aunque tenga forma de serpiente, lo planchan, ¡pero esas curvas...!

Los del «tendido de los sastres», los redactores de deportes y de tauromaquia, los que nunca pagaban entradas para los espectáculos, formaban un animado corrillo ves-

pertino en el que los de la fiesta nacional hablaban de fútbol y los del fútbol pontificaban sobre toros; eso sin despreciar cualquier otro comentario crítico sobre la actualidad política o, por supuesto, sobre términos tan sugerentes como «voluptuosidad».

—¡Eh, amigo! —dijo Rufino Pérez, el especialista taurino, dirigiéndose al jefe de talleres—. Ya imaginábamos que tú eras más proclive a la Mae West, sabíamos que te enloquece lo raquítica que está; pero a mí dame buenos tocinos, aunque se me indigesten como a la rotativa. Si quieres, quédate tú con la Bette Davis esa que has arrancado del almanaque para guardarla en el cajón. ¡Que te hemos visto, Leandro!

—Oye, no te equivoques —respondió el aludido—. Esa foto representa para mí algo sagrado, intocable... En realidad, la conservo porque es el vivo retrato de la Virgen de mi pueblo, esculpida en pleno éxtasis. Sólo le faltan la corona y el manto que le bordaron en oro las beatas para sacarla el día de la fiesta.

—Sí, le falta el manto, la mantilla, la blusa, la falda, el corsé... ¡Vaya con la Virgen de tu pueblo, a ver si me la presentas, que yo también quiero verla en éxtasis!

—¡Rufino, un respeto, que te vas a ganar una plaza en el infierno y un par de correazos! —terminó Leandro con una sonrisa pícara.

Los demás les rieron la gracia y siguieron con su tertulia. Transcurrida media competición balompédica y recién estrenado el año 1934, tocaba hacer sesudos análisis sobre las evoluciones del Arenas de Getxo y sus escasas opciones de permanecer en Primera División. Cuando estaban a punto de hablar del diestro mexicano Armillita y de la posibilidad de que volviese triunfal a España después de reconquistar los ruedos americanos, regresó a la redacción el fragor de la maquinaria y, con él, la rutina. El monótono runrún

mecánico volvió a convertirse en el fondo sonoro de aquellas conversaciones cuyo único propósito era el remoloneo. Los periodistas de *La Voz*, a esas horas de una tarde de enero, intentaban apurar la calefacción de los locales durante el mayor tiempo posible y, de paso, no llegar a casa demasiado pronto para, de ese modo, no tener que dar explicaciones cuando otro día volvieran a llegar tarde por motivos menos justificables.

Y entonces sucedió. Si el repentino silencio provocado por la avería no había despertado el menor sobresalto entre aquella partida de redactores que parecían estar a la espera de una incierta orden de evacuación, el resonar de la apertura de la puerta del despacho del redactor jefe tuvo efectos turbulentos. El jefe de los periodistas llevaba un rato rugiendo por las constantes averías de los talleres. Maldecía desde su habitáculo para lamentar el infortunio que se cernía sobre aquella desdichada máquina, pero en realidad su repentina aparición en la redacción tenía otro motivo, lo que de manera inconsciente puso a los reporteros en guardia.

—¿Alguno de los presentes sabe inglés? —preguntó, dejando atrás la vibración de los cristales biselados que chocaban contra los junquillos de la puerta, recién cerrada de manera violenta.

Puesto que sólo le respondió el silbido de la máquina subterránea, el reclutamiento prosiguió.

—A ver, ¿me queréis decir que ningún redactor de este insigne periódico conoce la lengua de Faulkner, al que no os cansáis de citar, o de Gloria Swanson, a la que no dejáis de dedicar libidinosas miradas, o de los astros del *ring*, o de los inventores del *football* y su *match*, su *corner*...? Pero si hasta se podría afirmar que esto es el *Times* venido a menos. Mucha cultura anglosajona, mucha gaita escocesa, y ahora que necesito traducir una simple carta, no encuentro un volun-

tario. Ni siquiera busco un verdadero truchimán, sólo un apaño.

Lo había vuelto a hacer. Para disgusto de los allí reunidos, el jefe había utilizado una de esas palabras que nadie había oído jamás y que sólo podían entenderse como un modo de hacer méritos para dar el definitivo salto del vulgar *La Voz*, en el que trabajaba, al erudito *El Sol*, el periódico matutino del piso de arriba. Dentro de la misma empresa editorial, *El Sol* era el que más pagaba y el que menos recaudaba, el que renunciaba al menudeo de los episodios cotidianos para dedicarse con esmero al fino análisis de la política, a la elucubración intelectual y a la recensión artística. *La Voz*, sin embargo, era un periódico vespertino que complementaba tanta fruslería con artículos más directos, editoriales agresivos, sucesos, deportes, toros, fotografías, y en el que se plasmaban los problemas de la calle. Uno, el de arriba, buscaba que lo leyeran con las primeras luces del día; el otro, el de abajo, se conformaba con los temblorosos fotones que desprendían las farolas lastimeras de la noche. Eran el matrimonio perfecto de cónyuges irreconciliables.

El jefe, que siempre aspiró a ser uno de los selectos mandamases de la planta superior, buscaba un colaborador, pero con el paso de los años los periodistas se hacían expertos en el arte de escurrir el bulto. Un gesto inapropiado en esos momentos de alistamiento podía convertirse en un castigo atroz, como solía considerarse el trabajo extra en la mayor parte de las organizaciones. Emilio Ruiz, que había permanecido ajeno a la escena desde el parapeto que le proporcionaba su mesa, negó con la cabeza.

—Yo sólo sé decir las horas y los nombres ficticios de algunas *vedettes*, de tanto llamarlas por teléfono —se excusó.

Y así, por el burladero, se fueron yendo uno detrás de otro hasta que el bueno de Abelardo González, el destripali-

bros que nunca decía ni media palabra, se atrevió a musitar una explicación que más parecía una excusa que un intento de agradar al superior.

—Yo sé inglés, jefe, pero de andar por casa —dijo.

—Pues no tengo intención de que vaya usted mucho más lejos. Sátese lo de «estimados señores» y vaya al grano —le respondió, mientras le acercaba el papel que empuñaba en la mano izquierda.

Fue en ese momento cuando Emilio Ruiz, que había conseguido mantenerse al margen de la situación, tuvo al jefe ante su mesa y observó que la hoja que aferraba semienrollada en el puño lucía el relieve de un membrete. Ese nimio detalle le dio muy mala espina, porque nadie personalizaba así su papelería a no ser que tuviese dinero y vanidad suficientes para permitirse tal ostentación. Y el sobre, que viajaba en la otra mano, venía con matasellos del servicio aéreo, algo que, a su juicio, sólo podía presagiar un bombardeo. Demasiadas complicaciones para la hora que era. En realidad, él se había quedado allí esperando el momento en que el periódico quedase despejado para dedicarle una nueva intentona a Visi, la secretaria que atendía en la puerta. No había que ser demasiado perspicaz para darse cuenta de que su novio, un viajante de jabones de probada labia, había dejado de venir a buscarla hacía varias semanas, lo que le abría a Emilio unas apasionantes perspectivas. De hecho, se asomó por la puerta para comprobar que ella aún seguía en su puesto. Para entonces, González ya se había leído media carta y, antes de terminarla, comenzó a interpretar su contenido.

—Es de una librería de Londres: Maggs Bross. Nos piden que seamos más cuidadosos con lo que publicamos...

—¡Claro, González! —le espetó con sorna el jefe—, a ver si ahora nos van a descubrir los ingleses que el periódico sale de milagro. ¡Como si en la prensa de este país no tuvié-

semos bastante con las amenazas de la censura, los cierres, las suspensiones, los secuestros, las intervenciones... Sólo nos faltaba una flemática advertencia inglesa!

Abelardo González volvió a agachar la mirada para posarla sobre el papel. Entonces la rotativa alcanzó la velocidad de cruce y a los pocos segundos era un tren desbocado en medio de un túnel. El traductor ocasional se vio obligado a hablar más fuerte, tan fuerte como no recordaba haberlo hecho nunca. Ruiz escuchaba sin demasiado interés y vio cómo los del corrillo del fondo comenzaron a ponerse los abrigos y los sombreros respondiendo al tácito juego diario de «sarasa el último».

—Se refieren a una información que publicamos. Por lo visto no citamos a esta librería, que tuvo un... —el traductor ocasional dudó mientras buscaba una interpretación adecuada— un papel... primordial en la compra de un libro... —volvió a buscar palabras ajustadas al original, aunque esta vez no parecía encontrarlas—, ¡coño!, pues claro que se trataba de un libro importante, ¡como que era la Biblia!

¿La Biblia?, se preguntó Emilio. Hasta esa antigua revelación divina le parecía que había dejado de ser relevante en la sociedad, pero le sorprendió oír su nombre en aquella congregación de gentes de poca fe. El jefe reculó a la vez que adoptaba una pose pensativa.

—¿Será posible? ¿Qué os parece? Que no citamos a los archifamosos mercachifles de libros de Londres, que no hemos tenido la deferencia de ponerles un anuncio gratis en nuestro humilde periodicucho. ¡No te jode! —fue su avinagrada despedida, antes de regresar a su despacho entre un nuevo estrépito de vidrios cimbreados al cerrar la puerta.

Pasado el vendaval, Emilio creyó recordar una crónica que podría dar sentido a aquella escena: la que había publi-

cado hacía algunos días la corresponsal Irene de Falcón sobre la llegada a Londres de una Biblia del siglo iv que había despertado gran expectación. Comentaba Irene que el gobierno inglés se la había comprado a los rusos a cambio de una millonada, y que esperaba recuperar el dinero gracias a los donativos de los visitantes del Museo Británico, una colecta cuyos resultados no estaban todavía garantizados. Sí, algo así decía aquella crónica. Y, entonces, ¿a qué venía tanto revuelo, si ni siquiera habían recaudado el dinero? Los ingleses le parecieron a Emilio demasiado tiquismiquis para sus cosas.

Mientras intentaba completar mentalmente aquella descripción que hizo Irene de Falcón de las largas colas de londinenses que esperaban ver la Biblia en el sacrosanto Museo Británico, el censor llegó a la redacción. Poco le importaba a aquel hombre, desmesuradamente alto y corpulento pero de ademanes inofensivos, lo que se cocía allí redacción. Lo suyo era revisar las planchas por si encontraba alguna noticia inoportuna que fuese necesario «tachar» antes de que se deslizase sobre el papel. El resultado de su monótono trabajo era una censura «blanca», un espacio sin letras en medio del periódico que, en el fondo, proporcionaba más impacto en el lector que la propia noticia que había desaparecido.

—O sea, que los hermanos Marx... —dijo intencionadamente el periodista taurino— quieren que contemos a nuestros lectores que existen. Pues si esperan vender un libro por estos pagos, van aviados —bromeó.

—No te pases —le reconvino Emilio Ruiz, que empezaba a inquietarse ante la posibilidad de perder de vista a la recepcionista—. Libros se venden, aunque sea a plazos. Esto os puede sonar a chufra, pero estamos hablando del Códex Sinaiticus, ¿a que dicho así parece más pomposo? Se

trata de un documento de gran valor, según contaba Irene el otro día.

Ante ese comentario, el funcionario puso cara de verdadero censor y repartió miradas inquisitoriales entre los periodistas. Llevaba meses ensayando cada mañana ese gesto penetrante, la mirada de la amenaza, la expresión del poder que en cualquier momento podía administrar a su antojo para hacer desaparecer informaciones sobre los monárquicos, sobre los comunistas, sobre los desmanes de la izquierda, sobre aquello que tanto gustaba de leer la gente que nunca se conformaba con la cartelera de teatros y la información bursátil. Y, por fin, esa expresión le había salido, por lo que se propuso sostenerla un rato.

—¿A qué libro os estáis refiriendo? —preguntó.

—Tranquilo, Marcial, se trata de unos librereros británicos que reclamaban no sé qué sobre esa Biblia. No te preocupes, no vamos a publicar nada sobre el tema. De hecho, la carta ya está en la papelera; es decir, el asunto queda archivado —dijo Ruiz mientras se ajustaba la corbata, y a continuación se levantó en busca de su trinchera y su bufanda blanca.

—Bien, pues si no os importa me quedaré un rato por aquí hasta que pueda hojear el primer ejemplar del periódico, a ver si todo está en orden.

—No te esfuerces demasiado, que esto no es un libelo revolucionario. No te vamos a dar ni la más mínima oportunidad de justificar tu puesto. Es una lástima, pero ve pensando en otro trabajo porque el de tachar noticias se agota —bromeó Emilio, a modo de despedida.

Desde su puesto en la recepción, Visi combinaba coqueatas despedidas a los más perezosos de *La Voz* con halagüeños saludos a los más madrugadores de *El Sol*. Ella era la puerta giratoria del periodismo que nunca duerme. A su

lado, su amiga Juani, la telefonista, intentaba apaciguar a un suscriptor de provincias cansado de que el periódico le llegase demasiado tarde.

—Usted no se preocupe, la Liga la va a ganar el Madrid, se entere usted el martes o el miércoles siguiente —le decía Juani mientras intercambiaba cables en aquel gran panel agujereado que servía para comunicar las voces de las personas con las orejas correspondientes.

Juani tapó el micrófono con la mano derecha y con la otra hizo gestos a Ruiz para que se acercase.

—Emilio —le susurró mientras seguía escuchando por el auricular—, a ver si un día de éstos me invitas al baile, que he oído verdaderas maravillas sobre el movimiento de tus tobillos.

—Habladurías. El único paso de baile que practico es el *agarrao*, y no sé si tú estarás preparada para una experiencia tan indecorosa.

En realidad, él sólo quería escabullirse de las redes de la Juani porque de todos en la redacción era sabido que su único fin en la vida era encontrar un buen novio y contraer matrimonio con él en la capilla del Cristo de Medinaceli, al que toda su familia rendía devoción. El periodista pensó en la sobria e inmóvil pose vertical que suponía una ceremonia así y concluyó que, a su edad, eran preferibles posiciones más dadas a la horizontalidad y al movimiento, si era posible.

—Seré tuyo algún día, Juani; cuando me consigas una conferencia con el alcalde de Nueva York para preguntarle por su nueva amante. A ver si así me facilitas el salto a la redacción de Internacional, que hoy he descubierto que no domino el inglés.

—A mí, con tal de que domines el fox-trot, te pongo una conferencia hasta con el gran emperador de Japón. Tú

llévame al baile del Círculo Mercantil, que tengo un amigo con mano en la puerta que nos puede colar.

—No me tientes, bonita, que me llevas por el camino de la perdición... De la perdición conyugal, se sobrentiende —terminó Emilio con una sonrisa complaciente.

Al ver que Juani volvía a concentrarse en su llamada y que el auricular la obligaba a aislarse de su entorno, Emilio se colocó ante el mostrador de Visi y se quedó mirando el caracol de cabello negro que oscilaba suspendido sobre su frente, el único reducto insurgente de una melena apresada por un elegante moño. Al periodista le pareció muy atractiva.

—Que no se entere tu amiga, pero a ti te llevo al baile cuando te apetezca —le confesó.

—De los bailes que tú frecuentas, yo huyo.

—Pues no sabes lo que te pierdes —apostilló el periodista, que comenzó a sentir mordisqueado su orgullo.

—Por lo que me han dicho, no gran cosa.

La joven daba patentes muestras de conocer las armas defensivas del arte del cortejo, pero Emilio no claudicó.

—Algún día no podrás vivir sin mí. Dile a tu novio que hoy haces horas extras y vámonos al Capitol a ver una de amor.

—No, que en la oscuridad soy muy vulnerable —le tentó ella con picardía—, pero no ha estado mal el intento; si utilizas esas lisonjas con la Juani, puede que acabe en tu regazo.

—Sería agraviarte, ¡volver de rodillas a buscarte tras dejar roto el corazón de tu amiga!

—¡Anda, caradura! —le recriminó Visi mientras salía del mostrador para atender a unos recién llegados.

Lo cierto era que a Visi no le desagradaban ni el carácter ni el físico de Emilio. Aunque no era una hermosura, sí

daba la talla para que cualquiera de sus hermanas, muy dadas al celestineo, le considerasen «un hombre apuesto y limpio». Pero esas dos cualidades, unidas al aroma a perfumes masculinos que desprendía, solían acarrear más problemas sentimentales a las damas que los feos y desaseados.

Convencido de que no había más tela que cortar, el redactor dio por terminada aquella misión exploratoria en territorio femenino. Ya tendría otra oportunidad. Tal vez lo de la desaparición del viajante de jabones era un bulo alimentado por sus compañeros, tan propensos a las hablillas cuando se trataba de los novios de las demás. Para una turba de reporteros en constante celo, los novios de las jóvenes bonitas se dividían en dos únicas categorías: los que no cumplían con ellas y los que las iban a dejar. O sea, que el camino siempre estaba abierto, tan sólo era necesario apartar alguna maleza.

Emilio había olvidado su libreta en la redacción. Volvió para recogerla, pero desde la distancia advirtió que una extraña forma se había situado en la esquina más lejana. Las luces comenzaban a perder terreno y no podía distinguir en qué consistía aquella masa humanoide encorvada, aunque cuando se levantó, se dio cuenta de que se trataba del censor. Y estaba hurgando en la papelería. Cada vez con más claridad, Emilio pudo ver que Marcial intentaba alisar un folio que acababa de recoger del cesto de los papeles. No cabía duda: aquélla era la carta que el jefe había tirado. Pero ¿qué interés podría tener esa misiva para un funcionario del gobierno cuya única rutina consistía en eliminar cualquier rastro de aquello que los prohombres del país consideraban «nocivo para el republicanismo y sus nobles fines»? El censor dobló el papel y se lo metió en el bolsillo del abrigo. No había visto a Emilio, por lo que éste siguió aproximándose hasta que el saludo se hizo inevitable.

—Marcial, ¿todavía por aquí?

—Sí —respondió sobresaltado. La mirada inquisidora de antes se había trastocado en una expresión de disimulo—. Es que me había dejado el paraguas allí, en la papeletera, y con la aguanieve que ha estado cayendo esta tarde, será mejor no olvidarlo.

—Ya —le contestó Emilio—. Además, aquí siempre habrá una mano necesitada dispuesta a «descuidar» el paraguas de otro; o sea, que procura agarrarlo con fuerza.

Mientras Marcial comenzaba a descender por la escalera en dirección a la rotativa, Emilio se seguía preguntando por qué el censor había cogido aquel papel. ¿Para qué quería la carta un hombre tan gris?

En medio de estas cavilaciones apareció Carrerilla, tan oportuno como siempre. Miguelito *Carrerilla* era el mejor voceador de periódicos del centro de Madrid. Sus hazañas eran muy renombradas entre los compañeros del gremio. Había conseguido colocar veinte manos de veinticinco ejemplares en una sola tarde, y sin el atractivo que suponía el lucimiento en portada de alguna señorita espléndida, como era costumbre del diario. Aquella mañana se había celebrado Consejo de Ministros y las prosaicas declaraciones de los gobernantes habían empujado a las «bellezas de Europa» fuera de la portada. Carrerilla tenía una habilidad genial para mejorar los titulares del periódico cada vez que salía a las calles a pregonarlos. Era capaz de convertir a los protagonistas del momento político en personajes de novela, de transformar una vulgar pendencia en el más disputado combate del Price, de dar consuelo al aficionado del equipo perdedor con la excusa del mal arbitraje o de prometer el disfrute de una película de estreno cuando en realidad sólo se ofrecía un fotograma sin demasiada definición. Ése era Carrerilla en acción, un chico que tan sólo presentaba una traba para ser el mejor en su gé-

nero: los trece años que acababa de cumplir y que le impedían ser asalariado. Tenía que conformarse con trabajar a comisión por cada mano vendida, como hacían otros buscavidas de Madrid, la mayoría de menos fiar.

—Carrerilla, te tengo dicho que en invierno vengas de largo. Esos pantalones cortos son para el verano —le reprendió Emilio, adoptando un aire de hermano mayor.

—Emilio, ya sabes que con las piernas al aire corro sin hacerme rozaduras y que, además, yo nunca tengo frío.

Sabía perfectamente lo que Carrerilla pretendía en realidad al exhibir las rodillas: era un intento medio inconsciente de superar su cojera. Sólo mostrando al mundo aquel defecto se sentía bien. Una mala caída cuando intentaba viajar de balde en el tope del tranvía le había partido el peroné izquierdo. «¡Llévenlo a la Casa de Socorro, que alguien llame un taxi!», gritaban algunas señoras, apiadadas de la cara lívida del chiquillo, que se resistía a hacer la menor mueca de dolor. Pero un transeúnte, arrastrado por la buena voluntad en lugar del sano juicio, lo entablilló de mala manera y lo subió al carro de un botijero al que dio un duro con el encargo de que llevase al niño hasta un curandero próximo. Allí se completó el estropicio. Al día siguiente, cuando enviaron a Emilio a cubrir el suceso, se acercó al humilde barrio de Carrerilla para conocer su versión de lo ocurrido y se hicieron amigos hasta donde pueden serlo un muchachito que por entonces acababa de cumplir once años y un hombre que casi podría ser su padre. En el fondo, el más joven era un dechado de experiencias callejeras y el curtido periodista solía comportarse como un chiquillo; o sea, que ambas existencias confluían en algún punto. Emilio le prometió buscarle un trabajo en cuanto se recuperase y ahí estaba ahora, esforzándose cada día para no defraudar a su bienhechor.

Cuando Emilio se sobrepuso a aquellos desagradables recuerdos sobre el episodio del tranvía, llamó a Carrerilla, que ya corría hacia el sótano por si comenzaban a salir de la plegadora los primeros periódicos recién hechos.

—Miguelito, ven aquí.

—Emilio..., ¿no es ya la hora de irte?

—Sí, pero escucha: tengo un encargo para ti. Marcial, el censor, está todavía dentro. No creo que tarde en salir. Necesito que lo sigas y que me cuentes adónde va esta noche. Por los periódicos no te preocupes, yo te pago los que quedan sin vender.

—Vale, voy a ser su sombra.

A pesar de las instrucciones, Carrerilla cogió una mano de diarios por si acaso lograra colocarla en el camino de vuelta. A los pocos minutos, Marcial, que al chiquillo le parecía la viva imagen del púgil Primo Carnera, abandonaba el edificio tras despedirse lacónicamente de Visi.

En la escalera de entrada, Carrerilla miró al cielo y observó cómo se disipaba la primera bocanada de su propio vaho bajo un lienzo parduzco y desapacible. De las guirnaldas de carámbanos que había colgados de los aleros manaban frías gotas que iban en busca de algún cogote desprevenido o, si no acertaban, del suelo adoquinado de la calle de Larra. El chiquillo esperó a que Marcial ganara alguna distancia para comenzar a caminar. A los pocos metros, la gente que iba y venía por la calle de Fuencarral se convirtió en el camuflaje perfecto. El muchacho esquivaba el desfile de abrigo y gabanes intentando no perder de vista a aquel gigante que, aunque no aparentaba tener prisa, andaba con decisión. Al alcanzar la Gran Vía, vio a algunos de sus compañeros voceadores intentando captar la atención de los posibles simpatizantes de la prensa de partido. En la esquina que compartía a diario con otros vendedores empezaba

a oírse el coro descompasado de nombres de políticos, de artistas de Hollywood, de campeones de frontón y de asesinos afamados, cada uno investido de sus hazañas o trope-lías. Esperó junto a un quiosco hasta que Marcial cruzó la calle y después lo hizo él. En ese momento, el trole del tran-vía que se aproximaba soltó un carraspeo seco y una descar-ga de chispas iluminó el empedrado. Carrerilla dio un invo-luntario brinco hacia atrás. Él no tenía miedo a nada, salvo a los tranvías, que prefería ver pasar a cierta distancia.

Ya del otro lado de la calle, el olor a café recién hecho y las conversaciones superficiales que procedían del interior de un bar le robaron la atención durante unos instantes. Al volver de nuevo la vista al frente, el gigantón ya enfilaba la calle de la Montera. Aquella mole desgarbada reaparecía al ritmo de los haces luminosos de los faroles. «Luz cenital, la que aplasta», recordó Miguelito, que siempre escuchaba con atención las lecciones improvisadas de Alfonso, el maestro de la fotografía que retrataba Madrid para *La Voz*; pero no le dio la impresión de que aquel hombretón se de-jase aplastar por un haz de luz.

Por fin, en la Puerta del Sol, Marcial se acercó al Minis-terio de la Gobernación, cuyas respetables dimensiones no desentonaban con el conjunto elegante y equilibrado de la plaza, aunque parecía algo más tieso y castrense. Allí se de-tuvo para comprobar el contenido de sus bolsillos. Enton-ces Miguelito observó movimiento de señorones en las puertas del café de Pombo, a la entrada de la calle de Carre-tas. Seguro que estaban por allí algunos de los «doctores» que pululaban por *El Sol*, los que animaban las tertulias más selectas de la capital. Los compañeros de *La Voz* hablaban muy mal de aquel «café de los cagones», en el que las dia-rreas eran frecuentes debido a algunos brebajes elaborados con dudosos ingredientes. Sin embargo, Emilio le había re-

latado que las víctimas de las descomposiciones frecuentaban las tabernas de calle abajo, donde trabajaban las señoritas de las ligas ajustadas al muslo, siempre prestas a transmitir alguna dolencia a los clientes, fuese de carácter nervioso, venéreo o estomacal. Y todo por el mismo precio.

El censor volvió a desplegar la carta y, cerciorado de que aquello era lo que necesitaba, se identificó ante los guardias. Carrerilla lo vio desaparecer puertas adentro, difuminado entre otra bocanada de vaho que subía ante sus ojos. Los caballos de los guardias también resoplaban vapor mientras bailaban pasos laterales de claqué sobre el suelo satinado.

Carrerilla se detuvo unos instantes, pero su compromiso con Emilio disipó cualquier tipo de duda y, fajo de periódicos en mano, se aproximó a las puertas del ministerio con intención de colarse. Cuando un policía le dio el alto, el niño se hizo más niño para camelárselo.

—Tengo el recado de traer periódicos al ministro, ¿puedo entrar?

—¡Un momento, mozalbeta! Quédate donde estás, que voy a preguntar.

—Oiga, no soy un delincuente, dejo los periódicos en el mostrador y me marchó. Por lo visto se trata de un encargo personal del señor ministro, que necesita leer algo que publicamos hoy. Es lo que me han dicho en *La Voz*.

—Si no te importa, se los llevo yo.

—Ya, y que mañana me despidan por no haber hecho bien mi trabajo. Sea usted comprensivo, tengo mis instrucciones.

—Está bien, pero te acompaño.

El policía hizo una señal a su pareja, palpó los periódicos, cacheó al muchacho y lo abrazó por los hombros mientras caminaban hacia el interior.

En el mostrador, delante de ellos pero mucho más arriba, estaba la cabeza de Marcial, que daba explicaciones al ordenanza.

—Necesito hacerle llegar este papel al ministro; si puede ser, en persona.

—Lo sentimos, pero no sabemos si hoy volverá. Además, hay que pedir audiencia —respondió el funcionario, con gesto desdeñoso.

—Pues déjeme un sobre y certifíqueme por escrito que lo he entregado —insistió el censor.

—Oiga, no estamos aquí para hacer de carteros.

—Mire, en realidad es un asunto del máximo interés para el señor Rico Avello. Es muy importante que le haga llegar este papel.

—Está bien —cedió el ordenanza ante la posibilidad de que su negativa acabase en una bronca del ministro si en realidad se trataba de un asunto tan relevante como decía aquel hombre—, métalo en este sobre.

Marcial lo cogió, garabateó unas palabras en el anverso e introdujo con cuidado la carta de los librereros británicos antes de pedir que lacrasen la solapa.

—Entonces, ¿no me da el certificado?

—No se preocupe, hombre, entregaré la carta al secretario personal del ministro en cuanto lo vea —fue la última respuesta del funcionario antes de dejar el sobre en una bandeja metálica.

En ese momento, al empleado del ministerio se le escapó una ojeada indiscreta que le permitió leer lo que aquel hombretón acababa de escribir con una caligrafía descuidada: «Alto secreto.» Sería por su estatura, pensó. La segunda línea decía «Aleph».

Carrerilla no había perdido detalle de aquel diálogo. Como era su turno, anunció que dejaba un periódico para el ministro y otro para su secretario.

—Son gratis, gentileza de la casa —añadió para hacerse el inocente. Sin más, salió con el policía al encuentro del barullo madrileño.

Misión cumplida. Después de la apresurada caminata, agradeció que su perseguido no hubiese elegido un destino más alejado, pues no estaba la noche para paseos. El viento trajo remolinos de culebras congeladas que se colaron por las perneras de su gastado pantaloncillo de paño.

De regreso, el pequeño Miguel se dedicó a ofrecer a voces el periódico a aquellos con los que se cruzaba. Se sabía adentrado en territorio enemigo desde que había abandonado Fuencarral, sus confluencias y la acera izquierda de la Gran Vía. No estaba en las calles que tenía asignadas ni en el puesto que constituía su hábitat, pero la rapidez con la que había llegado hasta la Puerta del Sol —cuyo reloj le había proporcionado la hora a base de campanadas agudas y certeras— le garantizaba algunos minutos de ventaja sobre sus compañeros, que estarían saliendo en ese momento del periódico. No creía que el inspector de vendedores de *La Voz* estuviese ya de servicio y tampoco pensaba estrujarle demasiado la cartera a Emilio, a quien aquel encargo tan sólo le costaría una pequeña propina. Al llegar a la Gran Vía se topó de nuevo con su amigo periodista, que le habló desde detrás de su bufanda blanca.

—Carrerilla, ¿ya estás de vuelta?

—Sí, Emilio —contestó agitado—, y no te vas a creer lo que ha hecho el censor.

—Venga, dispara, no me tengas en ascuas.

—Ha ido al Ministerio de la Gobernación.

¡Nada menos que a Gobernación, «la sede de las porras»! Allí residía el verdadero poder republicano —con el permiso del Ejército y de la Iglesia—, los que mandaban en policías, en guardias, en vigilantes y en todo aquel que portase una pistola de forma legal. A Emilio le pareció un destino muy importante para una carta tan intrascendente.

—¿Y qué ha hecho? —acertó a preguntar.

—Habló con un señor que le dio un sobre.

¡Movimiento de sobres! Aquello le gustaba a Emilio: en Madrid todo se podía conseguir gracias a un sobre debidamente acolchado con billetes.

—Y, entonces, Marcial metió en el sobre un papel que llevaba en el bolsillo y se lo devolvió para que se lo diese al ministro.

—¿A Rico Avello?

La intriga se volvió entonces confusión. ¿Para qué quería la carta de los ingleses un ministro que, según los chismorreos de las Cortes, estaba a punto de abandonar su puesto para hacerse cargo del Alto Comisariado del protectorado marroquí? Aquel hombre de confianza del presidente Lerroux le parecía al periodista una mera pieza de recambio dentro de un gobierno precario de derechas «que intentaba reconducir el país por la senda del orden decimonónico», como denunciaban diariamente sus opositores. Extrañado, al redactor se le ocurrió que el verdadero interés podría estar oculto en el texto de la carta. Tal vez se tratase de un mensaje cifrado por los servicios secretos del emperador Jorge V. Acaso fuese la invitación al gobierno español para que entrara a formar parte de una alianza internacional contra la Rusia revolucionaria, o puede que contuviese alguna advertencia en clave sobre un golpe de Estado venidero. Ojalá hubiera recogido él mismo la carta,

porque quizá habría sido su pasaporte al éxito periodístico, pero ahora ya era tarde.

—Ten, para los periódicos —le dijo al chico mientras sacaba algunas monedas de su bolsillo.

—Gracias, pero éstos te los perdono. Me gusta hacer de espía.

Una tropa de guardias de Asalto tapizó las paredes del recibidor del Ministerio de la Gobernación. El ministro estaba a punto de llegar. Cuando entró, blindado por una generosa escolta, dio las buenas tardes y pasó ante el mostrador con más prisas que boato. El secretario intentaba seguir sus pasos arrastrando en la mano derecha una voluminosa cartera de piel que bien merecía una carretilla para poderla trasladar detrás de un ministro tan veloz.

—¡Señor secretario! Acaban de dejar un par de recados —le advirtió el ordenanza.

—¿A estas horas? Veamos qué es eso tan urgente... Como comprenderá, se hace tarde.

—Mire: dos ejemplares de *La Voz*. Por lo visto los ha encargado el señor ministro, y esta carta la ha traído un censor.

El secretario intentó elevar la cartera hasta el mostrador para liberar su mano derecha, pero no pudo levantarla. Tras posarla en el suelo con resignación, revisó en primer lugar el sobre y se fijó en la leyenda que había escrito Marcial.

—¡Me cago en la puta!

Sin abrirlo, corrió por el pasillo por donde acababa de desaparecer su superior mientras sus acompañantes recogían apresuradamente la cartera y los periódicos.

—¡Don Manuel! Hay noticias de Aleph.

—¿De qué? —preguntó extrañado Rico Avello mientras se giraba hacia el secretario.

—De la Biblia rusa.

El aspecto afable del ministro se mudó en un semblante turbado.

—¡Rápido, vamos a mi despacho! Hay que abrir un expediente... Y llame a casa: hoy saldremos tarde.